

res hacen crugir la tralla en señal de triunfo; resuenan en el aire mil risas y cánticos, hasta que el alegre torbellino desaparece en el infinito verde de la campiña con los últimos resplandores del sol poniente.

DE GRONINGA Á ARNHEM.

En Groninga volví la espalda al mar del Norte, la cara á Alemania, el corazón á Italia, y empecé mi viaje de vuelta atravesando rápidamente las tres provincias holandesas de Drenta, Over-Yssel y Gueldria, que se extienden alrededor del golfo de Zuiderzee, en medio de la de Frisia y de Utrecht; una parte de Holanda, que visitada palmo á palmo resultará sombría al que no viaje con la curiosidad del agrónomo ó del naturalista; pero que vista de prisa deja en quien tiene el sentimiento de la Naturaleza impresion indeleble.

Durante el tiempo de la excursion, el cielo permaneció como convenía al aspecto del paisaje: gris é igual; yo estuve casi siempre solo. Así disfrutaba del espectáculo en toda su melancólica belleza, y en silencio.

Al salir de la provincia de Groninga se entra en la de Drenta, y se nota un cambio repentino en el aspecto del paisaje. De aquí y de allá se extendía hasta perderse de vista inmenso campo cu-

bierto de malezas, en el cual no se distinguía ni caminos, ni casas, ni arroyos, ni setos, ni indicio alguno de vivienda ó de trabajo. Algunas manchas de pequeñas encinas que se podían considerar como rastro de antigua floresta, era la única vegetación que se levanta en el día sobre las brozas; la perdiz, la liebre y el gallo selvático, son los únicos animales que despiertan en el viajero el sentimiento de la vida. Cuando se cree estar al fin de la llanura, la llanura empieza de nuevo: á las malezas suceden las malezas, á la soledad la soledad. En esta llanura se ven aquí y allí montículos que algunos creen fueron levantados por los celtas, otros por los germanos, en los cuales, escavando, fueron encontrados vasos de barro, sierras, martillos, huesos calcinados, carros de flechas, piedras de molienda, anillos que se supone servirían de monedas, etc., etc. Además de estos montículos, se encontraban, y se encuentran todavía á cada paso, desmesuradas masas de granito rojo, amontonadas y puestas de un modo que revela una intención de monumento ó de altar ó de tumba; pero sin inscripciones, desnudas, solitarias, como enormes aerolitos caídos en medio de un desierto. En el país se llaman tumbas de los Hunnos, y la tradición las atribuye á las bandas de Atila; el pueblo dice que han sido llevadas á Holanda por una raza antiquísima de gigantes; el geólogo cree se trasportaron de Noruega sobre

el lomo de inmensos hielos antdiluvianos; el historiador se pierde en vagas conjeturas. Todo es misteriosamente antiguo en esta provincia. Allí se hallan los usos de la primitiva Germania, la cultura en comun sobre los *esschen*, la trompa rústica que llama al aldeano al trabajo, la casa descrita por los historiadores romanos y sobre este viejo mundo el perpétuo arcano de un silencio sin fin

“ donde por poco,

El corazón no se amedrenta presto.”

Andando así, se empiezan á ver pantanos, grandes estanques, zonas de tierra cenagosa atravesadas de canales de agua negruzca, fosos anchos y profundos como trincheras, montones de piedras bituminosas, y algunos barcos, alguna que otra criatura humana. Son campos de turba, á cuyo solo nombre se despiertan en la mente mil imágenes de fantásticos acontecimientos: los lentos é inmensos incendios de la tierra; las praderas flotantes con sus habitantes y sus animales, sobre las aguas de los antiguos lagos; los bosques errando por los golfos; los campos separados del continente y arremolinados por las tempestades de los mares; las inmensas nubes de humo que desde las hirvientes turberas de la Drenta extiende el viento del Norte sobre la mitad de Europa hasta París, hasta Suiza, hasta el Danubio. La turba, la tierra viva, como la llama el aldeano holandés, es

la riqueza principal de Drenta, y una de las principales de Holanda. Ningun país es más rico ni obtiene mayores ventajas de ella. Dá trabajo á millares de brazos; casi toda la poblacion de Holanda alimenta con ella el hogar; sirve para mil usos; con los terrones formados con su masa fortifican los cimientos de las construcciones; con la ceniza se fertiliza la tierra; con el hollin se limpian los metales; con el humo se salan los arenques.

Sobre las aguas del Wahal, del Leck, del Mosa, por los canales de Frisia y de Groninga, en Zuiderzee, por todas partes, circulan barcos cargados de este gran combustible nacional. Las turberas agotadas se convierten en prados, en huertos, en oásis fecundos.

Assen, la capital de Drenta, es el centro de todo este trabajo de trasformacion. Un gran canal, donde desaguan todos los pequeños canales de la turbera, se extiende atravesando casi toda la Drenta, desde Assen hasta la ciudad de Meppel. Por todas partes se trabaja en desmontar el terreno. La poblacion de la provincia, que era de poco más de treinta mil habitantes hácia fines del siglo pasado, casi se ha triplicado ahora.

Apenas se ha atravesado Meppel se entra en la provincia de Over-Yssel, que presenta por espacio de cierto tiempo el mismo aspecto que Drenta: malezas, turberas, soledades; y se llega poco des-

pues á un pueblo, si puede llamarse tal, de lo más extraño que mente humana pueda figurarse. Es una hilera de casas rústicas, con la fachada de madera y el techo de paja, que se suceden á alguna distancia unas de otras por espacio de ocho kilómetros; cada una se halla colocada sobre una estrecha zona de tierra que se prolonga por detrás hasta donde alcanza la vista, y rodeada de un foso lleno de plantas acuáticas, sobre la orilla del cual se levantan grupos de alisos, chopos y sáuces. Los habitantes de esta aldea, que está dividida en dos partes, llamadas Rouveen y Staphorst, son los descendientes de dos antiguas colonias frisonas, de las cuales han conservado religiosamente el traje, los usos, las tradiciones agrícolas de sus padres, y viven cómodamente con el producto de la tierra y de alguna pequeña industria, propia de ellos. En este pueblo singular no hay cafés, no hay chimeneas, puesto que los antepasados no las usaban; no hay calles, porque las casas están todas en una sola fila; no hay nada igual á las otras aldeas. Sus habitantes son todos calvinistas austeros, sóbrios, laboriosísimos.

Los hombres se hacen ellos mismos las medias en los ratos que les deja el cultivo de la tierra, y aborrecen de tal modo el ócio, que los mismos administradores del lugar, cuando tienen que reunirse en consejo, llevan consigo el hilo y las agujas de las medias para no estar mano sobre

mano mientras se discute. El Municipio posee seis mil hectáreas de terreno, dividido en novecientas zonas, cerca de cinco mil metros de largo y de veinte á treinta de ancho. Casi todos sus habitantes son propietarios, saben leer y escribir, tienen un caballo y una docena de vacas, no se alejan jamás de su colonia, se casan donde han nacido y pasan la vida en el mismo pedazo de tierra, y cada uno cierra los ojos bajo el mismo techo donde vivieron y murieron los abuelos de sus abuelos.

A medida que se avanza en el Ower-Yssel, el campo varía de aspecto. Próximo á Zvolle, se encuentra la ciudad natal del pintor Terburg, capital de la provincia, de poco más de veinte mil habitantes; cerca de allí, en el pequeño convento del monte de Santa Inés, vivió sesenta y cuatro años y murió Tomás de Kempis, el supuesto autor de la *Imitación de Cristo*; véanse hermosísimas calles flanqueadas de abedules, hayas, chopos, encinas, que resarce agradablemente la vista de la del país desnudo y triste recorrido hasta entonces. Por este lado las malezas y eriales desaparecen, levantándose montones de verdura, extendiéndose praderas, multiplicándose plantaciones nuevas, surgiendo casas, desparramándose ganados, alargándose nuevos canales que desde las turberas van á desaguar en un gran canal llamado el *Demersvaart*, la arteria vital del Ower-Yssel que ha

trasformado aquella desolada tierra en una provincia floreciente donde una población industriosa adelanta con la alegría de un ejército victorioso, y el pobre encuentra trabajo, el laborioso propiedad, el propietario riqueza y todos la esperanza de un porvenir mejor. Desde aquí el camino penetra, flanqueando el Yssel en el Salland, la Sala de los antiguos, donde se detuvieron los Franco-Salios antes de descender hácia el Mediodía para conquistar la Galia, donde fué redactada la ley Sállica, en Saleheim y Windoheim, que existen aún con el nombre de Salk y de Windenheim, donde quedan todavía tradiciones y convenios agrícolas de aquellos tiempos lejanos. Finalmente se halla á Deventer, última ciudad del Ower-Yssel, la ciudad de Jacobo Gronovius, de los tapices y del celebrado pan de especias; que conserva en el edificio del reposo público la caldera donde se hacían hervir los monederos falsos y que se complace de la vecindad del castillo de Loo, residencia predilecta del Rey de Holanda. Pasada Deventer se entra en la Gueldria.

Aquí el espectáculo varía: se flanquea la tierra habitada por los antiguos sajones, la Veluwe, una región arenosa que se extiende hácia el Rhin, el Yssel y el Zuiderzee, donde no hay más que pocos pueblos perdidos en medio de una vasta landa, ondulada como un mar tempestuoso. En fin, donde quiera que se fija la mirada no se encuen-

tra sino colinas áridas; las más lejanas, veladas por una niebla azulada; las otras, en parte vestidas de los colores oscuros de la vegetacion selvática, en parte blanquecinas por su movable arena que el viento extiende sobre la superficie del país. No se ven ni árboles ni casas: todo está solitario, desnudo, siniestro como una estepa de la Tartaria; y el pavoroso silencio de estas soledades, no se interrumpe sino con el canto de la alondra y el zumbido de las abejas. Sin embargo, en algunas partes de esta region, los holandeses han conseguido con su paciente valor y á costa de infinito trabajo, hacer crecer el pino, el haya, la encina; formar hermosos parques, crear bosques enteros, cubrir de plantas útiles en ménos de treinta años más de diez mil hectáreas de terreno; han hecho surgir ciudades populosas y florecientes donde no habia ni madera, ni piedra, ni agua, y donde los primeros cultivadores tenian que vivir en cuevas escavadas en la tierra y cubiertas con piedras.

El camino pasa al lado de la ciudad de Zutphen y llega pronto á Arnhem, la capital de Gueldria, ciudad ilustre y graciosa, colocada sobre la ribera derecha del Rhin, y en una region cubierta de bellas colinas que le valieron el nombre de la Suiza holandesa y habitada por un pueblo que tiene fama de ser el más poético de los Países-Bajos, segun el proverbio que lo define: "grande de valor, pobre de bienes, la espada en la mano, hé

aquí mis blasones..." Pero por esta misma singularidad, no presenta ni el país ni el pueblo nada raro á un extranjero del Mediodía de Europa, que ha recorrido Holanda para ver Holanda; por esta razon todos los viajeros pasan al vuelo sobre él con sus personas, y con la pluma en los escritos. Y lo mismo puede decirse de Limburgo y del Brabante septentrionales, las dos únicas provincias de Holanda en las cuales no he creido necesario penetrar. Por esto, cuando hube visto la ciudad de Arnhem, partí para Colonia. El cielo estaba más oscuro y bajo que habia estado jamás en toda aquella jornada; y yo, aunque en el fondo del corazon me alegrase de volver á Italia, sentía el peso de aquel triste tiempo, y apoyado en la portezuela del wagon, miraba inmóvil el campo, más con el aire del que parte del suyo, que de aquel que abandona un país extranjero.

Llegué, casi sin advertirlo, hasta la frontera alemana, absorto el pensamiento en la fatiga, en la duda, en el desaliento, con los cuales tendría que luchar por muchos meses en un rincon de mi cuarto para escribir estas pobres páginas; y solamente cuando un viajero me dijo que estábamos cerca de la frontera, recobré el sentido de la realidad, volviendo á la vida, y advertí que aún me hallaba en Holanda. Paseé la vista por la campiña, y ví todavía un molino de viento. Ya el terreno, la vegetacion, la forma de las casas, el

idioma de mis compañeros de viaje, no eran holandeses.

Me volví hácia aquel molino de viento como hácia la última imágen de Holanda, y lo miraba con la misma curiosidad con que lo habia curioseado al principio, un año antes, sobre la orilla del Escalda. Despues de estar un rato fijo en él, me pareció ver alguna cosa que se movía en el hueco de sus grandes alas. El corazon me latió más fuerte; miré aún, y ví, en efecto, los gallardetes de los buques, las tiras de canales, las fachadas con escalerillas, las ventanas floridas, el casco plateado, el mar cárdeno, la duna, los pescadores de Scheveningen, Rembrandt, Guillermo de Orange, Erasmo, Barendtz, mis amigos, todas las más bellas y más nobles imágenes de aquel país glorioso, modesto y austero; y como si pudiera verlos, tenía los ojos fijos con un sentimiento de ternura y de respeto, hasta que el molino no se distinguía sino como una cruz negra, á través de la niebla que cubría la campiña; y cuando tambien aquella sombra se fué borrando, permanecí como el que partiendo para un viaje, del que no se vuelve, ve desvanecerse la figura del último amigo, que lo saluda desde la orilla.

FIN.

ÍNDICE:

| | Páginas. |
|---------------------------|----------|
| La Holanda | 5 |
| Zelanda | 24 |
| Rotterdam..... | 50 |
| Delft..... | 123 |
| El Haya..... | 161 |
| Leyden..... | 267 |
| Haarlem | 290 |
| Amsterdam..... | 314 |
| Utrecht | 352 |
| Broek | 368 |
| Zaandam | 391 |
| Alkmaar | 405 |
| Helder..... | 426 |
| El Zuiderzee..... | 446 |
| La Frisia..... | 463 |
| Groninga..... | 501 |
| De Groninga á Arnhem..... | 525 |